

Estos son los principales efectos de la lujuria, y tambien los principales asuntos de este libro, para pasar despues á sus importantes remedios. Deseo que este trabajo sirva tambien para el desvelo y cuidado de los padres de familia, de los ayos y maestros, de los confesores y de los preladados, á fin de que cada uno trabaje en lo que respectivamente le toca; para que este vicio capital y pestilente no se desafue-re más, y se quiten los escándalos que destruyen los pueblos cristianos.

Espero de la infinita misericordia de Dios, que con sus divinos auxilios, y con el conocimiento del agregado de tantos y tan horrorosos males, así del alma como del cuerpo, que padecen las criaturas torpes y deshonestas, se conviertan, y se aparten de sus estragos indignos y fatales, y abracen la vida casta y honesta que nos hace semejantes á los ángeles del cielo, como nos lo dice nuestro divino Maestro. (*Matth.* xxii, 30).

ESTRAGOS DE LA LUJURIA.

CAPÍTULO PRIMERO.

Idea de este vicio.— Sus actos más comunes.— Sus incentivos.— Su audacia.— Palabras de san Juan — Observacion de san Jerónimo.— Cristo nombra á la liviandad antes que á los otros vicios.— Es la Reina del siglo, que todo lo invade.

El vicio capital de la lujuria, consiste, como dice el angélico doctor Santo Tomás, en un afecto desordenado de cosas impuras, torpes, venéreas y libidinosas, el cual no obedece á la razon, ni atiende sino al propio gusto desordenado de la criatura terrena. Sus siete especies (que no nos proponemos explicar), provienen de la libertad ó estado conyugal; de la diversidad ó identidad del sexo, de la integridad del cómplice; de su asentimiento ó violencia; de la consagracion á Dios de quien le ofende, y de la

desproporcion con la naturaleza, en las acciones.

Segun san Buenaventura, tratando de este vicio, sus actos más comunes son doce: Pensamientos, delectacion morosa, aspectos libidinosos, palabras torpes, caricias deshonestas, contactos impúdicos, trages profanos y provocativos, actos lascivos, ocasiones próximas, reincidencias sin enmienda, costumbres inventadas y escandalosos ejemplos.

Los incentivos de este vicio son innumerables y vehementes, dice el mismo Santo. Y en efecto, en algunas personas, y no pocas, todo cuanto se vé es un agregado formidable de torpe liviandad: cabellos, ojos, oidos, palabras, acciones, movimientos, vestiduras, adornos; todo cuanto hay en ellas no respira otra cosa sino lujuria maldita. Y por eso se abrasa el mundo en deshonestidades, pues que á cada paso se ofrecen á los ojos estos incentivos, y hacen gemir aun á los justos en horribles combates, siendo el espiritu de lujuria molestísimo y audacísimo, porque se atreve á todo y á todos, y á ninguno tiene respeto, por sabio, ó grande ó santo que sea.

El Amado discípulo de Cristo Señor nuestro dice, que *todo cuanto hay en el mundo es concupiscencia de la carne, y concupiscencia de los ojos, y soberbia de la vida* (Joan, II, 16), designando así los tres primeros pecados capitales, y po-

niendo delante la lujuria, aunque en el texto de la doctrina cristiana se nombra primero la soberbia.

El gran Padre de la Iglesia, san Jerónimo, escribiendo contra Pelagio, dice, que todas las herejias que hasta su tiempo habian afligido á la santa madre Iglesia, y aun la misma idolatría, tuvieron su origen de la lujuria desenfrenada; y el Espiritu Santo con un mismo nombre explica la idolatría y la lujuria: *prostituyéndose con los dones ajenos, y adorándolos* (Judic. II, 17). Y el santo Job asegura que el demonio de la torpeza es tan soberbio y atrevido, que *tiene confianza en sorber las aguas del Jordan por su boca*; esto es, en tragar y devorar hasta las almas puras de los justos (Job. XL, 18). ¡El Señor nos libre de sus diabólicas astucias! Amen.

NOTA.

Más pudiera haber dicho el P. Arbiol acerca de las especies del vicio impuro; siquiera parece habria debido definir las, y solo se contentó con nombrarlas. Nosotros hicimos menos, pues no quisimos ni aun nombrar esas especies, sino apuntar los objetos que las determinan. La razón es porque no queremos enseñar al que no sepa, sino infundir un grande horror á tan in-mundo delito. Lo que dice san Juan, de que cuanto hay en el mundo es concupiscencia de

la carne, es un golpe formidable asestado contra el mundo, á quien tantos defienden; pues prueba que cuanto hay en él, bailes, espectáculos, zarzuelas, modas, novelas, etc., no son más que *concupiscencia de la carne*, es decir, impureza, sensualidad y lujuria. Tal es la Reina del siglo. ¡Y no obstante, multitud de padres de familia sumergen á sus hijos con sus propias manos en todo ese cieno, y claman neciamente contra los sacerdotes que anatematizan el mundo! Hoy por hoy, si hemos de creer al sabio P. Faber, de los tres enemigos del alma, el que más almas condena, el que más perjudica, el que más estragos hace en el rebaño de Jesucristo, es el mundo. ¡No hay que olvidarlo!

CAPÍTULO II.

Primera mala propiedad del vicio impuro: ensucia.— Textos que lo prueban.— Contactos y sus daños.— Advertencia á los confesores.— Una causa de callar los pecados de esta especie.— La teología de Gury y la de Morán.

La primera mala propiedad que nombra san Antonio de Padua cuando menciona los malos efectos del vicio capital de la lujuria, es que *ensucia*, mancha, afea y hace asquerosas á las infelices criaturas. *Inquinat*. En efecto, el Sábio dice en sus misteriosos Proverbios, que *el hombre que toca á la mujer de su prójimo no quedará limpio, mas se manchará con ese contacto*.

(Prov. vi, 19). Y si solo el simple contacto ensucia y mancha, ¿qué harán ulteriores excesos? Por eso, dice tambien el apóstol san Pablo, que *es bueno para el hombre el no tocar á la mujer*. (I Cor. vii, 1). *El que tocara la pez, se manchará en ella*, dice el Sábio (*Eccles. xiii, 1*), y así tambien el que toca á otro con afecto libidinoso, no queda limpio sino manchado en alma y cuerpo. De las criaturas vírgenes y castas se dice en el misterioso libro del Apocalipsis, que *son los que no se mancharon con personas de otro sexo* (Apoc. xiv, 1), dando á entender que el contacto con ellas mancha, ensucia y afea las miserables almas.

Algunos se vician en inmundos desórdenes desde los primeros años de su vida; y con el tiempo suelen ir en aumento en feísimos excesos, con los cuales, dice el santo Job, que *se llenan sus huesos de los vicios de su adolescencia, y duermen con ellos en el polvo* (Job. xx, 11). Este vicio infernal es más comun en las criaturas y jóvenes de pocos años, y por eso se les llama, *vicios de la adolescencia*, y si luego no se remedian, pasan adelante, y contaminan toda la vida, de tal manera, que ni en la vejez se dejan. Así lo dice Salomon: *El adolescente, segun su camino, aun cuando llegue á ser viejo, no se apartará de él* (Prov. xxii, 9). Así, de los perversos viejos que persiguieron á la casta Susana, dijo el profeta Daniel, que eran tan vie-

jos en la malicia y en su torpeza, como en su edad y muchos años (*Dan.* xiii, 52), de suerte que como habian sido torpes en sus pocos años, se hizo tambien con ellos vieja la torpe costumbre, y procedian de dia en dia, de mal en peor. Esta fatal desventura sucede muchas veces con niños de pocos años, que, viciándose en inmundicias y fealdades, prosiguen con ellas hasta la vejez, y hasta el fin de su vida, hasta que ellos se acaban y se pierden. Entran sus inmundicias á lo íntimo de su corazón, como lo dice Dios por Ezequiel profeta (*Ezech.* xiv, 3), y así, en inmundicias acaban sus vidas infelices.

Los padres y confesores queden advertidos, y cuando vieren que los niños se vician en tales indignidades, apliquen la mano fuerte para su remedio, porque de otro modo no se enmendarán. Diganles el horrendo castigo que Dios hizo, y de que se habla en el capítulo XXXVIII del Génesis, quitando á un perverso repentinamente la vida. Y noten tambien mucho, lo que advierte el santo Job, que, *cuando el mal se hace dulce en su boca, le esconde debajo de la lengua* (*Job.* xx, 12); es decir, que gustados los ilícitos placeres, luego los callan en sus confesiones por el encogimiento y vergüenza que causa el decirlos. Adviértaseles que no pueden salvarse sino es confesándolos bien; porque el que ha pecado y puede confesarse no tiene otro remedio sino confesarse, ó condenarse. Las con-

fesiones de los que callan pecados por vergüenza, son malas y sacrílegas.

Algunas personas que tuvieron cosas de estas en su niñez, sin saber que eran pecados, entonces no pecaron, porque no tenian conocimiento ni uso de razon; pero si despues, pensando que pecaron, dejan de confesar aquellas cosas por vergüenza, entonces pecan, y hacen malas confesiones: *El que esconde sus pecados, no será enderezado*, dice el Espíritu Santo (*Proverbios*, xxviii, 13). El remedio es confesarse bien.

Á este mismo género de pecados por el sentido del tacto, pertenecen tambien los bailes poco honestos, en que se dan las manos y se tocan los piés entre personas de uno y otro sexo, pues aquel sentido se halla extendido por todo el cuerpo humano. Por eso dice el Sábio: *El que da ó pisa con el pié... maquina lo malo*. (*Prov.* vi, 13). Y san Agustin advierte que si el ánimo del hombre está manchado con la sensualidad, aun el contacto de las vestiduras de persona de otro sexo, es pecaminoso.

Cuando estos pecados pasan á costumbre, ó son muchas las reincidencias, ó no se dejan las ocasiones próximas, adviertan su deber los confesores, porque es horror lamentable que los vicios de los jóvenes pasen hasta la vejez, sin haber experimentado el justo rigor de negarles la absolucion, dándoles penitencias leves por gra-

vísimas culpas. ¡Día vendrá en que los jueces injustos serán juzgados! El Señor illustre nuestras almas. Amen.

NOTA.

No sé si hay quien haya notado que una de las causas que cooperan más á la omision ó supresion de los pecados en la confesion, es el giro que ha tomado el lenguaje actual. Desenfrenado el mundo en las acciones, afecta mucha limpieza en el idioma, y de aqui es que no se nombran sino con rodeos las especies de la sensualidad. No entrando estos nombres específicos de los pecados en el lenguaje familiar ni ordinario, de ahí la gran dificultad de expresarlos debidamente cuando se cometen. Pues bien, de la dificultad de expresarlos á la resolucion de omitirlos, no hay mas que un paso, que se dá con harta frecuencia; ó por lo menos se hace uso de palabras genéricas incapaces de caracterizarlos. Los niños, generalmente, no dicen en sus primeras confesiones, sino las faltas que la madre ó la persona que los prepara, les ha insinuado, casi como quien repite una lección tomada de memoria; la madre ó el maestro no pueden insinuarles casi nada acerca de pecados sensuales, que muchas veces existen, por la misma dificultad del lenguaje, en que las palabras propias y específicas de los pecados, han pasado á ser técnicas de la Moral ó de la Medicina, dejando un hueco en el estilo familiar, que no es fácil ciertamente llenar. Mas sea

lo que fuese de estas observaciones, la realidad es que en la actualidad se callan mucho, mucho, los pecados, y que no vemos más remedio, despues de combatir cuanto se pueda este abuso, sino la prudencia, la dulzura y el celo de los confesores. Es preciso tener paciencia á los niños: no asustarlos con palabras fuertes, ni voz demasiado alta; dilatar con ellos, ayudarles, adivinarles, dudar de sus negativas aun reiteradas, y aumentar la dulzura á medida que se sospeche su resistencia.

Acerca de la suspension de la absolucion á los reincidentes, nos permitimos llamar muy particularmente la atencion de nuestros compañeros en el ministerio, acerca de las opiniones que el docto P. Ballerini ha vulgarizado en sus notas al Gury. Además de que el texto mismo de esta obra, se aleja más de ciento y sesenta veces de las doctrinas de san Alfonso de Ligorio, como hacen ver claramente las Vindicias alfonsianas por la confrontacion de los textos, el P. Ballerini ataca al Santo con mucha rudeza, y en varias materias, principalmente en la de cooperacion, y práctica con los reincidentes, deja á un lado como *rígida*, la doctrina de san Alfonso, é inculca otra que no nos atrevemos á calificar. No es éste el lugar de entrar en mayores detalles; quien quiera instruirse más en este punto, acuda á los apéndices que trae al cabo del tercero y último tomo, la Teología moral del P. Moran, dominico, obra buena, muy moderna, recientemente impresa en Madrid. La obra de Gury corre no obstante como un tra-

sunto exacto de la moral ligoriana, y aun está adoptada como obra de texto en algunos colegios!

Acerca de los bailes, el cándido P. Arbiol manda á las especies de los contactos ilícitos, «los bailes en que se tocan las manos y los piés.» ¿Qué diría de nuestros bailes actuales, en que se enlazan los talles, se aproximan las mejillas, se estrechan los pechos y se confunden los alientos? Aquí se manchan evidentemente los cinco sentidos, se contaminan las potencias, y se dice adios al pudor y á la decencia. Y no obstante, mujeres mundanas, que piensan ser buenas cristianas, se atreven á alegar en pro del baile la doctrina de san Francisco de Sales en su Introduccion á la Vida devota, ¡como si fueran los mismos los bailes de hace tres siglos que los nuestros! Digan lo que quieran los mundanos, la realidad es que el baile moderno es un foco pestilencial de impureza, una escuela de impudor, y una oficina donde se fabrica muy violentamente la ruina de las almas. Por eso la Reina del siglo los ha extendido con tanto empeño, pues son uno de los lugares donde ostenta más su universal dominacion y extiende más sus rudas, aunque doradas cadenas.

CAPÍTULO III.

El vicio impuro engaña y enreda.—Pasages de la santa Escritura que lo testifican.—Del adorno de las mujeres.—De las modas.—Visiones á santa Angela, D.^a Sancha Carrillo, sor Francisca del Sacramento, D.^a Marina de Escobar, santa Brígida.—El beato Enrique Suson.—Egidio dominicano.—Santo Tomás.—El hijo aumenta la prostitucion.—Gawme.—Trajes del dia.—Areas salvadoras.

El Serafin de Padua dice tambien que la lujuria *enreda* y engaña á muchas criaturas, dándoles á entender que algunas torpezas no son pecados, ó que son leves, y que fácilmente se perdonarán. *Irretit.*

Para la prueba eficaz de estos perniciosos engaños alega el Santo las palabras del Sábío desengañado, que decia á su hijo: *Guárdate de la mujer inquieta y lujuriosa; porque te engañará con sus alhagos venenosos, y te perderá. Con sus palabras dulces te llevará encantado y con sus profanos adornos enredará á tu alma (Prov. vii).* De estos perniciosos y torpes engaños está lleno todo este miserable mundo. No quieren acabar de creer algunas criaturas insensatas, principalmente mujeres, que las vestiduras profanas, provocativas de torpeza, son un continuo pecado mortal; aunque se lo dicen los doctores y maestros de la santa Iglesia, no los quie-

ren creer, ni desengañarse, ni menos enmendarse. La torpe lujuria las engaña, y nada las desengaña; porque no quieren ser desengañadas. Así lo dice san Bernardino de Sena: *No quieren creer*. Nuestro Señor Jesucristo dijo, que los que no quieren creer á los predicadores apostólicos, ni á los Profetas, aunque resucite un muerto, y les predique, no le creerán. Así sucede con las mujeres perdidas y escandalosamente profanas, que aunque les prediquen san Pedro y san Pablo, y todos los santos Doctores de la Iglesia, no quieren reformarse, ni ponerse con la honestidad que deben, como verdaderas cristianas.

El Príncipe de los Apóstoles, san Pedro, dice en su primera Carta, que las mujeres casadas estén sujetas á sus maridos, y les complazcan en todo lo justo, adornándose con honestidad y modestia como las mujeres santas antiguas. Hé aquí sus precisas palabras: *Asimismo las mujeres sean obedientes á sus maridos... No sea el adorno de éstas exterior, ó cabellera rizada, ó atavíos de oro ó gala de vestidos... Porque así también se ataviaban antiguamente las santas mujeres que esperaban en Dios, sujetas á sus propios maridos* (I Petr. III, 1, et seq.). También es justo que las doncellas honradas se adornen honestamente conforme á la voluntad de sus padres; porque si han de tomar estado de matrimonio, importa que no parezcan mal á los ojos

de los que han de ser sus maridos. De suerte que no reprendemos los decentes adornos, sino los trajes torpes, escandalosos y profanos que usan algunas mujeres perdidas de este siglo maligno, con que pierden las almas y pierden al mundo. El Angélico Maestro notó que el mundo se dice maligno de dos palabras latinas, *mallo igne*, que quieren decir mal fuego, y este es el de la impureza que lo abrasa todo. Es el fuego del que dice el Sábio que *no puede el hombre esconderle en su seno sin que también ardan las vestiduras* (Prov. VI, 27).

El mundo se abrasa con este fuego maldito; y no se puede esconder porque lo vemos á los ojos. ¡Ojalá no se viese tanto! Vemos á cada paso por las calles unas mujeres torpes y desenvueltas, tan escandalosamente vestidas que son la ruina del pueblo cristiano. Viven con ciega obstinacion en sus escandalosas profanidades, y no advierten los innumerables daños que hacen. El escandaloso Lucifer hizo caer á los infiernos á la tercera parte de los ángeles, *arrastrando con su cola la tercera parte de las estrellas del cielo*, como se dice en el misterioso libro del Apocalipsis (*Apoc. XII, 4*), y estas malditas y diabólicas mujeres, con sus colas y calzados levantados, y adornos escandalosos arrebatan para el infierno á innumerables hombres. Con la provocativa desnudez del seno, mostrando la cerviz, garganta, hombros, espal-

das y brazos, se hacen maestras de torpeza y de lascivia; el vestido pegado y angosto, el pié sacado, resaltadas las formas y enhiesta la cabeza, parecen culebras venenosas. El profeta Jeremías las pinta que son *como cazadores que arman lazos y grillos para coger á los hombres*. (Jerem. v, 26). Cada cinta que se ponen, es un lazo para este diabólico fin. Las desgraciadas que de intento se adornan para hacer caer á los hombres, ya están juzgadas, que viven en continuo pecado mortal, y en estado de condenacion eterna, y sus confesiones y comuniones son sacrílegas mientras no tienen eficaz propósito de la enmienda de su mala vida. Y en esto no hay duda ni opiniones contrarias, porque así lo tiene declarado el santo Concilio Tridentino (*sess. 6, c. q.*), y es decreto de la santa Iglesia.

En cuanto á las que no se adornan por ese mal fin determinado, sino por parecer bien, y seguir á la moda, deben examinar dos cosas: la primera, que no empeñen su caudal y haberes en lo que no pueden pagar para vestir á la moda, con lo cual son gravosa carga á sus maridos, y repugnan la debida reforma en la familia. Estas están en continuo pecado mortal, y en estado fatal de condenacion eterna: la segunda, que se engañan pensando que el seguir á la moda porque es costumbre, excusa de pecado. Para que la costumbre sea legítima, debe tener estas condiciones: que no sea contraria al

derecho natural ó divino; que no esté expresamente reprobada por los Cánones; que no sea ocasion de ruina ó de pecar; que no sea pernicioso al bien comun. Cualquiera de estas condiciones que le falte, es irracional corruptela, que no excusa de pecado, como sienten comunmente los teólogos. Las señoras, si son buenas cristianas, infórmense bien, y tomen consejo de hombres doctos y temerosos de Dios; que éstos entienden lo que mas importa para el bien seguro de las almas.

El Señor siente mucho las profanidades de las galas que son escandalosas en su pueblo, y así lo tiene manifestado en varias revelaciones y visiones. Á santa Ángela de Fulgino se le apareció Cristo nuestro Señor llagado, derramando mucha sangre de sus heridas, coronado de espinas, y con una pesada cruz sobre los hombros, y le dijo: Por los afeites y profanos adornos de las mujeres, y por los vanos rizos de sus cabellos, Yo padecí esta penetrante corona de espinas: y con los pecados que hacen y ocasionan con la torpe desnudez de su seno, brazos y espaldas, Yo fui cruelmente azotado y llevé la pesada cruz sobre mis hombros.

Á la venerable D.^a Sancha Carrillo estando en oracion un dia de Córpus se le apareció Cristo nuestro Señor muy lastimado y afligido. Y preguntándole la Sierva de Dios, qué pecados eran los que le ocasionaban aquellas amargas

penas, le respondió, que los trajes vanos y deshonestos que en aquel día se ponian las mujeres, con muchas ofensas de su Majestad. Así se refiere en el Libro de su maravillosa vida.

El señor Palafox en su precioso libro que tituló, *Luz á los vivos con escarmiento de los muertos*, refiere que á la venerable Madre sor Francisca del Sacramento, se le apareció una señora muy principal, vestida de unos harapos viejos y andrajosos que le arrastraban; y le dijo que eran en castigo de las galas superfluas y vanas de que habia usado en este mundo.

El venerable P. Luis de La Puente, refiere que un día le dijo el Señor á la venerable doña Marina de Escobar: Mira, hija, al mundo profanado con tantas nuevas vanidades, y demasiadas invenciones para recrear el gusto de los mundanos; y pide con muchas instancias el remedio de tantas profanidades.

Á santa Brígida le dijo el mismo Señor, quejándose de las mujeres profanas: ¡Oh enemigas mías! ¿por qué despreciais mi pasión santísima, y no considerais cómo estuve en la columna atado, con ignominiosa desnudez, por la torpe desnudez que vosotras llevais en vuestros escotados deshonestos; y con azotes cruelísimos fuí lastimado y herido por vuestro amor?

La misma Santa refiere que habiendo caído en los infiernos una jóven, por sus trajes escandalosos que su madre le ponía, se le apare-

ció vestida de llamas y le dijo: Madre mía maldita, para mí fuiste peor que los escorpiones, engañándome y enseñándome tus escandalosas vanidades y profanos trajes. Las vanidades, que de tí aprendí, las pago en mis penas con lamentables suspiros en mis grandes tormentos. No me sirvió de excusa el haber seguido tu voluntad en lo malo.

Al bienaventurado Enrique Suson se le apareció Cristo Señor nuestro, y le dijo: ¿Hasta dónde se han precipitado las mujeres cristianas con sus adornos profanos y escandalosos, que hacen mas daño que las ramerás gentiles? Mira cuán torpe y desvergonzadamente se ponen delante de los ojos de los hombres con sus vestidos lascivos é indecentes. Las mujeres infieles y gentiles se avergonzarian de lo que ellas hacen gala. Mejor les sería no haber nacido en este mundo, que condenarse para siempre en los infiernos.

El P. Egidio, dominicano, en su precioso libro intitulado: *Escala del cielo*, refiere, que un siervo de Dios vió el cielo abierto para que entrasen las almas, y al mismo tiempo vió tambien que los demonios horrosos tendian en el mundo una gran red para estorbar á las criaturas la subida á los cielos: y le fué revelado que aquella red era el lascivo y escandaloso traje de las mujeres profanas. Cuenta tambien que refiriendo esto á una matrona que vestía semejan-

tes trajes, le dijo la señora: «Padre, si en las vestiduras que yo llevo, tiene complacencia el demonio, ruego á Dios que todo aquello que hay en mí contra su santísima voluntad, se lo lleve el demonio, pues es suyo.» Y apenas hubo dicho estas palabras, cuando se apareció un horrible demonio, y arrebató las profanas vestiduras que la matrona llevaba, diciendo en alta voz: «Estos son los instrumentos y despojos de nuestras victorias.» Así quedó desengañada y escarmentada la señora profana. ¡Ojalá que lo quedasen todas! Amen.

NOTA.

El Angélico Doctor habla del ornato femenino en la 2. 2. q. 169. a. 2, y sienta los mismos principios que el P. Arbiol en este capítulo: que el adorno decente y moderado es lícito; que pueden adornarse las esposas para parecer bien á sus maridos y detenerlos en la vía de sus deberes; que pueden hacerlo las jóvenes que tratan de casarse, para hacerse honestamente atractivas á los que tratan de tomar por esposos. Pero añade que no deben hacerlo las que nison casadas ni quieren serlo, ni están en estado de serlo. Lo cierto es que en nuestros días el lujo, el deseo de agradar, la avidez de los aplausos, han hecho á la mujer entregarse á las modas y adornos con verdadero frenesí. Hombres pensadores han dicho que ésto dificulta los matrimonios y vulgariza la prostitucion. En efecto,

rehusa el hombre, que no cuenta con fabulosa riqueza, echarse á cuestras una esposa que pueda gastar en una semana lo que él no podrá ganar quizá ni en un año, y de allí es que mira con horror al matrimonio. Y entonces busca placeres menos costosos; y la mujer por su parte, no hallando quien haga los enormes gastos de su tocador, vende su cuerpo y su alma, su reputacion y su honor por unos girones de seda y unas brillantes bagatelas. En cuanto á las modas, son horribles: todas deforman más ó ménos la cabeza, cosa que agrada mucho á Satanás, como prueba con asombrosa erudicion el señor Gaume, en su *Tratado del Espiritu Santo, capítulo XXII de la 1.ª parte*; cubre la frente con lo que llaman *tupé* dando al semblante el aspecto del mono, de donde los sábios del día hacen derivar al hombre; realza, abulta, manifiesta y pone de relieve las formas mas provocativas que la modestia deberia por el contrario cubrir, atenuar, disimular y ocultar; estrecha los vestidos de tal manera, que cada paso es una provocacion, y la sola presencia un insulto al pudor y á la modestia. Hé aquí un foco de malos deseos, de indignos pensamientos, de locos y tempestuosos amores, de apego estrechísimo al siglo vano, y de olvido de Dios, de su ley, de la religion y del alma. El mal es inmenso y casi sin remedio: la predicacion fracasa y aun es objeto de sangrientas invectivas cuando ocupa ese terreno; el confesonario no es frecuentado por esa clase de personas; la instruccion religiosa no puede abrirse paso en gentes que solo

gustan la venenosa lectura de las novelas. Algunas almas se escapan ingresando á piadosas congregaciones, como las Ordenes Terceras, y la Asociacion de las Hijas de María, ambas recomendadas solemnemente por el actual Pontífice en repetidos documentos. Pero para todo esto se necesitan operarios instruidos y celosos. La mortalidad de los sacerdotes es un verdadero castigo; y la escasez de las nuevas vocaciones un azote tremendo. Hay que atizar el fuego de la oracion, y promover el espíritu de reparacion. ¡Dios por su infinita misericordia, se digne remediar tantos males!

CAPÍTULO IV.

Prosigue el mismo asunto.—Palabras de santa Brígida,—de Simon de Cásia,—de Taulero,—del P. Mariana,—del P. Mario,—de san Vicente Ferrer,—de san Ambrosio, de san Pedro Damiano,—de Doña Maria de Escobar,—de Tertuliano y san Agustín.—Célebre pasaje de Isaías.—San Cipriano y el Nacianceno.—San Agustín, san Crisóstomo y san Jerónimo comentándolo.

En las Revelaciones de santa Brígida se lee, que prevaleciendo con exceso en la ciudad de Chipre la vanidad de los trajes profanos, dijo el Señor á la Santa: «Esta ciudad es como la de Gomorra, pues arde en el fuego de la lascivia; por eso, si no se enmienda en el pestilencial incendio de sus trajes profanos, que son pro-

vocativos de torpeza, caerán sus edificios y quedará asolada; y su estrago será memorable en muchas regiones del mundo, y su ruina servirá de escarmiento á las naciones. Y así sucedió por no enmendarse, porque los turcos la tomaron y abrasaron, y se llevaron cautivas á mas de dos mil doncellas, y á vista de la ciudad las quemaron en las naves. La misma santa Brígida dice que se le apareció la Reina de los ángeles María santísima, y le dijo: que todas las mujeres profanas y escandalosas en sus trajes, tienen por antigua costumbre el aborrecer y censurar á los ministros de Dios que se aplican á corregirlas y desengañarlas; por lo que, obstinadas corren aprisa por el camino derecho del infierno.

El venerable P. Simon de Cásia, con espíritu profético, lastimándose de la ciudad de Florencia por los trajes y escotados profanos de las mujeres, decia así: «¡Oh Florencia! tus mujeres con sus trajes lascivos son catedráticas y maestras de perdicion á las extrañas y forasteras. El cuello, cerviz, hombros y espaldas desnudas, dan voces de lujuria, y enlazan á los mozos y á la juventud, y á la vejez más dormida la despiertan á lascivia. La torpe desnudez de tus hijas será la causa de tu ruina.» ¡De cuántas de nuestras ciudades pudiéramos hacer igual pronóstico!

Ciento y setenta años antes que entrase en